

DANTE

—¿Has cogido tus cosas, cielo?

José aguardaba al pie de las escaleras con una mochila entre sus menudas manos y la esperanza de no verse obligado a cruzar en aquel momento la puerta de su casa. No deseaba otra cosa que regresar a la seguridad de su habitación del piso de arriba.

—Sí, mamá —respondió, con un murmullo quedo.

Su padre, vestido con un elegante traje azul marino y cargando con su maletín de cuero, lo observó con una mezcla de compasión e impaciencia.

—Hijo, no haríamos esto si no fuera necesario, pero esta conferencia es muy importante para mi carrera. Tranquilo, todo irá bien; nuestra vecina Aurora cuidará de ti hasta que regresemos.

—Pero es que... —empezó el niño, temblando imperceptiblemente; una gota de sudor empezó a formarse entre las palmas de sus manos.

—¿Qué pasa?

Sus padres lo miraron con curiosidad y algo de preocupación desde el umbral de la puerta entreabierta. No parecían advertir el miedo que se iba apoderando poco a poco del cuerpecillo de aquel niño de siete años.

—Nada... —concluyó, sin atreverse a expresar sus temores en voz alta, y los siguió fuera de la casa.

El viento soplaba suavemente y mecía las copas de los árboles, ajeno a aquellas tres personas que cruzaban la calle para dirigirse a la casa de enfrente de la suya. Delante iba el padre, luego la madre y por último el niño, con la mirada clavada en sus zapatos.

Se detuvieron ante una puerta de color caoba semejante a la suya y con un número siete dorado en la parte superior. Llamaron al timbre, que se escuchó en el interior como una melodía lejana, y a los pocos segundos abrió una mujer de unos setenta o setenta y cinco años, delgada, de tez pálida y demacrada, unos ojos grises como el acero y cabellos canos recogidos en un flojo moño bajo. Sostenía la puerta abierta con una mano huesuda, de nudillos marcados y largos y ensortijados dedos.

—Buenas tardes, doña Aurora; este es nuestro hijo José —dijo su padre, obligándolo a colocarse delante de él y posando ambas manos sobre sus enclenques hombros.

Aurora dirigió hacia él sus grises y acerados ojos y lo contempló con un brillo suspicaz en la mirada.

—Hola, chico.

–H-Hola.

–Bien, procuraremos que el asunto no se alargue demasiado. Volveremos dentro de unas horas. Adiós, hijo –se despidió el padre.

–Hasta luego, cariño; sé bueno. –Y su madre le dio un beso en la mejilla, le acarició el pelo y dio media vuelta para seguir a su marido hasta el coche.

El niño y la anciana los vieron marchar, quietos como estatuas.

–¿Vas a quedarte ahí toda la tarde?

El niño se giró lentamente hasta encararse con la anciana; sus ojos, abiertos de par en par, apenas pestañeaban.

Aurora se apartó de la puerta y, cuando José entró, con su paso corto e irregular, cerró tras él. En ese momento se hallaban en un amplio recibidor tapizado con paredes rojas, cuadros de otras épocas y sombreros de distintas clases colgados aquí y allá. La estancia estaba iluminada por dos pequeñas lamparitas y la luz que se colaba por un alto ventanal al final del pasillo. Las escaleras que conducían al piso de arriba, con una barandilla reluciente y brillante, no se encontraban, en absoluto, desocupadas.

Sobre el tercer escalón se hallaba sentado un enorme perro blanco y marrón rojizo de abundante pelaje que contemplaba, atento y sin moverse, al extraño visitante que acababa de entrar.

Al verlo, José empezó a temblar, esta vez con más intensidad, y, con los ojos desorbitados y pequeñas perlas de sudor adornándole la frente, se echó hacia atrás instintivamente hasta chocar con su anfitriona. Entonces, unas sólidas manos lo agarraron por los hombros con fuerza.

–¿Tienes miedo, chico? –le preguntó ella.

Y el chico giró la cabeza y la miró a los ojos, aterrado.

En ese momento, las garras ensortijadas que lo aferraban se suavizaron.

–No te preocupes. Es muy tranquilo. –Y, dicho esto, Aurora se encaminó hacia una estancia contigua que había a la izquierda del recibidor. Mientras se perdía de vista, alzó la voz para añadir–: ¿Por qué no vienes al salón? Estarás más cómodo.

José empezó a imaginar un montón de acontecimientos que podrían tener lugar si se quedaba donde estaba y, con el corazón latiéndole muy deprisa, optó por seguir a aquella misteriosa mujer que era su vecina.

El salón parecía una continuación del vestíbulo y sus paredes estaban decoradas de una forma similar. Los muebles eran de madera de pino, oscuros y con complicados tallados. Había

estanterías con cientos de libros y dos butacas frente al hogar con una mesa pequeña en medio, en la que reposaba una bandeja con una tetera, dos tazas idénticas y un plato con pastas dulces.

Aurora ya se había acomodado en una de las butacas y miraba el fuego crepitante con una expresión difícil de descifrar, mezcla de melancolía y placidez.

–Me gusta encender el fuego en esta época del año –comentó, mientras José se acercaba y tomaba asiento a su lado con cautela –, me ayuda a pensar.

El niño, que no las tenía todas consigo, giró la cabeza muy despacio, conteniendo la respiración, para comprobar que el perro no lo hubiera seguido, pero su sorpresa fue tal al verlo caminar hacia él con paso lento y pesado, que dio un grito y un bote en el asiento que casi lo hizo caer al suelo.

El enorme perro no se inmutó y siguió caminado hasta detenerse frente al fuego; luego, se tumbó justo a los pies de José, profirió un sonoro bostezo que le hizo enseñar sus largos y afilados colmillos y cerró los ojos.

José no se atrevió a moverse; se encogió sobre sí mismo y contuvo la respiración.

–Se llama Dante –dijo la voz grave y profunda de la ancana junto a él–. Es un san bernardo.

El niño siguió sin reaccionar.

–¿Te gusta el té?

Sin esperar respuesta, la mujer llenó ambas tazas y le tendió una al muchacho. Este la cogió mecánicamente, sin apartar la mirada del san bernardo, y musitó un agradecimiento apenas audible.

–¿Unas pastas? –Le acercó el plato.– Son dulces; el azúcar es bueno para los chicos de tu edad.

Un rugido en el estómago de José lo hizo responder al fin; miró el plato con las pastas y eligió una al azar; la empapó en el té y empezó a comerla a pequeños mordiscos.

–¿Cuántos años tienes?

–Siete.

–Dante también tiene siete.

José la miró, desconcertado y escéptico.

–¿Es muy grande, verdad? –dijo Aurora– Pero la edad de los perros es diferente a la de los humanos. Con solo dos años ya se los considera adultos.

–¿En serio? –preguntó el niño, y de un bocado engulló lo que le quedaba de la pasta.

–Por supuesto –respondió Aurora, y, señalando el plato, añadió–: Coge todas las que quieras, hay más en la cocina.

El niño cogió otra y miró a Dante, tratando de relajarse, aunque sin lograrlo del todo. Al menos, mientras durmiera hecho un ovillo en el suelo no tendría ganas de saltar sobre él.

–Desde la ventana de mi cuarto, puedo verlo cuando pasea por el jardín –comentó de pronto José–. Siempre me ha dado miedo, porque parece que esté vigilando que nadie se acerque. Es como si estuviera guardando la casa. Y cuando otro perro se acerca, le ladra para que se vaya.

Aurora no pudo menos que reír ante esta declaración; y su risa, al contrario que su tono de voz, era infantil y risueña, y el velo que la cubría dejaba claro que hacía tiempo que no la dejaba salir.

–En algo tienes razón –coincidió la anciana–. Dante vigila y guarda la casa. Es un perro guardián, aunque nunca fue entrenado para tal fin. Está en su naturaleza. –Aurora bebió un sorbo de su té y continuó–: Y es cierto que ladra a otros perros que se acercan demasiado, ya que es un macho muy dominante, pero no debes tenerle miedo por eso. En realidad, se lleva muy bien con los niños.

José, que no terminaba de creerse del todo ese último dato, preguntó:

–¿Qué es *dominante*?

–*Dominante* es... que siempre quiere mandar sobre los demás e imponer sus propias reglas.

–¿Y eso no es malo?

–No, forma parte de ellos. Se trata de la ley del más fuerte. El más fuerte es el que domina a los demás, y a menudo se pelean entre ellos para poner a prueba sus facultades. ¿Nunca has visto un documental de animales?

–Alguno...

–¿No has visto los leones, los lobos...? Pues con los perros ocurre lo mismo.

Durante un momento, únicamente bebieron a sorbos el té mientras miraban las llamas que danzaban alegremente en el hogar.

–Entonces... ¿alguna vez ha herido a otros perros tratando de dominarlos? –inquirió José, con aprensión.

–Al menos desde que está conmigo, nunca ha hecho algo así.

–¿Qué quieres decir?

–Les ladra, les gruñe... pero solo los advierte. Salvo en una ocasión, en que peleó a muerte contra una jauría de cinco o seis perros callejeros.

–¿Que peleó a muerte?

–Sí... –musitó Aurora, perdida en sus recuerdos– Fue muy valiente...

Sucedió hace algunos años. Mi marido y yo habíamos salido tarde del teatro y paseábamos a la luz de la luna por las solitarias calles de la ciudad. De vez en cuando, nos cruzábamos con algún trasnochador que, como nosotros, regresaba a casa después de un día largo y placentero.

Habíamos dejado el coche en un aparcamiento de las afueras, y, cuando ya casi habíamos llegado, sucedió lo inevitable.

Primero apareció ella, muy delgada, apenas una sombra que cruzó la calle rauda y veloz a unos cuantos metros por delante de nosotros para internarse en un callejón oscuro. Después llegaron los otros, fieros, fuertes, ansiosos; perseguían a la perrita deseando atraparla cuanto antes y cobrarse su recompensa. Quién sabe cuánto tiempo llevarían corriendo. No obstante, se detendrían enseguida, porque aquel callejón estaba bloqueado por el otro lado.

Mi marido y yo empezamos a preocuparnos por el destino de la perrita, pero ¿qué podíamos hacer? Ya no éramos los jóvenes atrevidos y resueltos de antaño, capaces de superar cualquier obstáculo que se nos pusiera delante. Además, aquellos perros eran peligrosos, estaban completamente fuera de sí. Y, a pesar de ello, no pudimos evitar acercarnos con sigilo, manteniéndonos a una prudente distancia, para ver lo que ocurría.

Al final del callejón, los perros habían rodeado a la hembra; gruñían, amenazadores, y poco a poco iban estrechando el cerco en torno a ella. La pobre perra estaba acorralada y no tenía escapatoria.

Entonces, desde el tejadillo de una caseta baja, saltó un enorme san bernardo y se plantó entre la jauría y la perrita. Nunca supimos por dónde había llegado, ni si había estado ahí todo el rato, pero lo importante era que defendía a la perra. Gruñó a los perseguidores, enseñándoles sus colmillos, fulminándolos con una mirada cargada de odio y crispando las garras sobre el suelo; echó las orejas hacia atrás y se agachó, preparado para luchar.

Ellos atacaron primero. Al principio de uno en uno, luego todos a la vez. Con el corazón en un puño, vimos cómo se enfrentaban. Apenas podíamos distinguir lo que estaba sucediendo desde donde nos encontrábamos a la escasa luz que llegaba de una farola cercana de la calle principal, pero el san bernardo se defendía, y la perra se alió con él y también tomó parte en la pelea.

Te ahorraré los detalles desagradables, pero, al final, los agresores se vieron forzados a retirarse, y, con el rabo entre las piernas y más de una magulladura, los que quedaban en pie huyeron de allí lo más rápido que pudieron. Dos de ellos no consiguieron escapar con vida. Cuando estuvieron a salvo, el san bernardo y la perra se desplomaron sobre el frío suelo, agotados y malheridos.

En ese momento, nos acercamos a socorrerlos, y ellos, quizá conscientes de nuestras intenciones, o tal vez demasiado débiles para oponerse, nos permitieron examinarlos. El san bernardo tenía una pata delantera fracturada y el ojo derecho inyectado en sangre, pero, por lo demás, su vida estaba fuera de peligro. Sin embargo, la perrita tenía heridas más graves.

Ninguno llevaba placa identificativa.

Cargamos con ellos como pudimos hasta el coche, que no estaba lejos, y los acomodamos juntos en la parte de atrás. Mi marido puso rumbo de inmediato a la clínica veterinaria más cercana que estuviera de guardia, porque necesitaban urgentemente atención médica, sobre todo ella. Mientras, yo, por el espejo retrovisor, vi cómo, casi inconscientes, trataban de consolarse mutuamente, lamiéndose el hocico con dulzura, juntando las cabezas para cerciorarse de que el otro seguía ahí. Para cuando llegamos, ella ya había muerto.

Cuando el san bernardo salió de la consulta con la pata escayolada, gemía de dolor, pero no creo que fuera un dolor físico: estaba llorando la muerte de su amiga. Como no nos dejaban llevarnos el cuerpo de la perrita para enterrarlo, yo corté unos pelos suyos y me los guardé, para luego depositar esa parte de ella bajo la tierra de mi jardín en su memoria. El san bernardo permaneció varios días mirando con tristeza aquella pequeña tumba improvisada, y dormía junto a ella por las noches; yo le llevaba comida y agua dos veces al día, aunque apenas probaba bocado. Después, simplemente, se quedó con nosotros, velando por nuestra casa y la tumba de su amiga.

Decidimos llamarlo Dante; no por el escritor, sino porque era un nombre muy sonoro que encajaba a la perfección en un perro tan grande y tan valiente que se había jugado la vida por socorrer a su compañera.

El relato había concluido, pero José, que no se había dado cuenta, continuaba mirando expectante a su vecina a la espera de sus siguientes palabras. Aurora, en cambio, contemplaba el fuego, taciturna, la taza suspendida en el aire a medio camino de sus labios.

Al cabo de unos segundos, el niño preguntó, con voz ronca:

—¿Qué quieres decir con que “se quedó”?

Aurora aún tardó un instante en contestar.

—Yo no lo retengo —dijo—, está aquí porque quiere. Cuidamos el uno del otro... —Su voz se empañó y el brillo de las llamas se reflejó en sus ojos húmedos.— Desde que falleció mi marido, hará un par de años, él se ha convertido en mi única compañía.

Durante un momento, solo se escuchó el crepitar del fuego. Una lágrima furtiva rodaba silenciosa por la mejilla de la viuda, y el niño, al verla, pensó que contenía una tristeza infinita.

Dante, que se había incorporado hacía unos minutos sin que nadie se percatara de ello, había apoyado la cabeza sobre la rodilla de José y lo miraba, atento, intentando captar la mirada del niño para llamarle la atención. Cuando José bajó la cabeza y lo vio, ya no se asustó, pero no supo interpretar la expresión del can.

—Quiere que le des comida —sonrió Aurora.

El chico miró a su alrededor y vio que quedaba una galleta en el plato. La cogió y se la dio, y Dante, agradecido, dio buena cuenta de ella en pocos segundos; luego, le lamió la mano con ternura, y José, sorprendido ante esa muestra de cariño tan característica de su especie, y contento por haberla recibido, esbozó una amplia sonrisa cuya huella sería imposible de borrar en mucho, mucho tiempo. Le rascó detrás de las orejas con la seguridad, esta vez sí, de que el perro no lo atacaría de improviso.

—¡Si algún día tengo un perro y es grande, lo llamaré Dante! —exclamó.

El resto de la tarde transcurrió de forma apacible y sin mucho movimiento en el salón de Aurora. El niño, pese a sus reparos iniciales y el miedo irracional que lo acosaba cada vez que veía a aquel perrazo, pronto se hizo amigo de los inquilinos de la casa. Después de merendar, terminó los deberes que le habían mandado en el colegio con la ayuda de Aurora y bajo la atenta mirada de Dante, que observaba el trabajo con gran curiosidad, y, luego, se dedicó a narrar con entusiasmo las aventuras que protagonizaba en el recreo con sus compañeros de clase.

Aurora, por su parte, lo escuchaba con devoción, imaginando cada detalle que el chico le describía y rememorando tiempos pasados en que ella también había disfrutado de aquella manera de los días soleados. El destino, o el tiempo, la había separado de la felicidad, privándola de la compañía de sus seres queridos y confinándola en una casa solitaria con la única compañía de su leal Dante, pero creía poder volver a hallarla junto a su pequeño vecino de la casa de enfrente. Tal vez si lo invitase otro día a tomar el té...

El timbre de la puerta interrumpió los pensamientos de una y la cháchara de otro. Dante se levantó como un resorte y acudió rápidamente al recibidor para olfatear por debajo de la puerta a los recién llegados y luego reapareció en el salón dando un ladrido que indicaba que los padres de José ya habían regresado.

—Deben de ser tus padres —dijo Aurora, mientras se levantaba e iba a abrir—. Ve recogiendo tus bártulos, chico.

José, en compañía de Dante, empezó a meter sus libros y cuadernos en la mochila con parsimonia, tratando de alargar su estancia allí todo lo que pudiera, y, mientras lo hacía, oyó que su padre decía:

—Nos hemos dado toda la prisa que hemos podido. ¿Qué tal se ha portado? ¿Te ha dado mucho trabajo?

—En absoluto —respondió Aurora—. Hemos estado charlando y haciendo los deberes.

—Muchas gracias por cuidar de él —intervino su madre—. La próxima vez intentaremos apañárnoslas sin tener que molestarla.

–No ha sido ninguna molestia, al contrario. De hecho, me encantaría que viniera alguna otra tarde, si quiere; se ha hecho muy amigo de Dante.

José, que en ese momento aparecía por detrás de Aurora con la mochila al hombro y Dante siguiéndolo de cerca, abrió mucho los ojos para enfatizar su alegría y sonrió radiante.

–¿De verdad puedo venir?

–De verdad –respondió Aurora, mirándolo con una calidez inusual en sus acerados y entristecidos ojos grises.

–¡Bien! ¿Puedo, mamá, puedo?

–Desde luego. Pero ahora volvamos a casa. Es tarde.

–Adiós, Aurora. Adiós, Dante –se despidió José, y le dio la mano a su madre para marcharse.

–Hasta otra, chico –murmuró Aurora, con voz pausada y queda, apenas audible en la distancia que los iba separando.

La viuda permaneció unos segundos en el umbral, con Dante a su lado, viendo a la feliz familia cruzar la calle para regresar a su hogar. Esa noche, el hielo que envolvía su corazón se resquebrajó un poco y le permitió albergar la esperanza de que un día, no muy lejano, se derretiría del todo.

Ya en la puerta de su casa, José se dio la vuelta para decirle adiós otra vez con la mano a su vecina, pero esta ya había desaparecido en el interior de la vivienda. Sin embargo, Dante seguía fuera, en el jardín, sentado en posición solemne y mirando la calle, vigilando, guardando, como cada día, la solitaria y lúgubre casa de su protectora y amiga.

Efímero